

Maccarone, Juan Carlos

La formación del hábito de la Teología

Capítulo XXIII de la obra:

100 años de la Facultad de Teología : memoria, presente, futuro
Pontificia Universidad Católica Argentina, 2015

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización de los autores y de la editorial para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Maccarone, Juan Carlos. La formación del hábito de la teología [en línea]. En: 100 años de la Facultad de Teología : memoria, presente, futuro / Coordinado por José C. Caamaño, Juan G. Durán, Fernando J. Ortega y Federico Tavelli. Buenos Aires : Agape, 2015. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/investigacion/formacion-habito-teologia-maccarone.pdf> [Fecha de consulta:]

La opción parcial del teólogo es fatal. Pues sabemos que el pensamiento no es un puro juego dialéctico. Es realidad e incide en la historia, conduce la acción del hombre. El pensamiento del teólogo también incide en la pastoral de la Iglesia.

Podríamos, junto a la historia de las herejías cristológicas, hacer la de las herejías eclesiológicas, de las herejías pastorales, de las herejías éticas.

Me pregunto si en las tensiones de la Iglesia de hoy no se contraponen inconscientemente con frecuencia dos teologías parciales, dos pastorales parciales: Eutiques vs. Arrio; Jansenio vs. Pelagio; Dios vs. hombre.

Hacemos nuestra única opción posible: *Cristo todo, Dios hombre*.

Confiamos que nuestra Teología será así mejor inspiradora de una auténtica pastoral. Verdadera Servidora de la Palabra de Dios.

Capítulo XXIII

La formación del hábito de la Teología¹

JUAN CARLOS MACCARONE

Emprendemos el curso que se inicia recordando un objetivo fundamental de nuestra Facultad. Es el que ocupa el mayor esfuerzo de la misma: “dar a los alumnos una formación superior en las propias disciplinas conforme a la doctrina católica; prepararlos convenientemente para el desempeño de las diversas tareas propiamente científicas o pastorales, y para promover en la Iglesia la formación permanente de los ministros”.² O sea, el esfuerzo de enseñar, de formar, de transmitir la “doctrina católica”, que implica no sólo la comunicación sistemática de los contenidos, sino también el esfuerzo de la formación del hábito de la teología, suficiente no sólo para la interpretación y profundización de la Revelación cristiana, sino también “para interpretar correctamente los signos de los tiempos, ya para hacer frente a nuevas situaciones, evitando todo el inmovilismo y las aventuras” (PT 5).

Este objetivo nos exige tanto a los profesores como a los alumnos nuestra propia parte. Además del instrumental metodológico, que cada uno posee y podrá acrecentar o cambiar, nos exige disponibilidad y generosidad en el enseñar, como la docilidad para el alumno en el aprender, los que en el profesor como en el estudiante de teología no son más que expresión del amor a la Palabra de Dios que ambos tratan de servir. También es expresión del amor mutuo que da lugar aquella empatía en la que “ellos —los alumnos— escuchando-

¹ Discurso del Decano en la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina en el inicio de la decanatura (1985).

² Estatutos de la Facultad de Teología n. 2. 2.

nos nos atiendan con sus mismas palabras, y nosotros, enseñando, aprendamos de ellos a expresarnos en forma que les agrade”.³

Como profesores debemos comprender que “hay un período durante el cual más que dar alimento; (...) más que enseñar, hace falta el abrir el apetito de aprender”.⁴ La buena semilla arrojada en tierra sin roturar se agosta y se pierde; despertar el apetito del saber es como roturar la tierra para que sea fecundada por la siembra de las ideas, del pensamiento. Creo que se promueve el interés si es manifiesto que nosotros nos gozamos de nuestra labor, cuando “el hilo de nuestras palabras vibra en nuestro gozo”.⁵

En cuanto alumnos, debemos tener la fundamental motivación de gastar el tiempo de la vida en el estudio de la Palabra de Dios, cuya soberanía puede pedirnos todo, aún el martirio para defenderla. En nuestro caso desgranando esta vida día tras día, lección por lección, página tras página. Con virtudes que creo que son difíciles en los tiempos que corren: templanza y paciencia. Templanza para no caer en la codicia de lo nuevo por lo nuevo mismo, de la vivencia extraordinaria, de la frivolidad intelectual que es el olvido de las rumiaciones prolongadas y cadenciosas. Paciencia, que resiste la dificultad del alumbramiento de la verdad, que no se deja vencer por lo difícil, que no se extraña que la actividad intelectual sea la más de las veces una actividad prosaica, también amenazada con el tedio de lo cotidiano, con pasos que no pueden precipitarse, etapas que no pueden saltarse, que es un *kursus*, o sea una marcha, una regular marcha.

Paciencia que no teme la soledad y el silencio necesarios para el esfuerzo de comprensión de la verdad. Sabemos que Jesús, el Maestro, en la soledad “después de despedir a la multitud” (Mt 13.33) explica a sus discípulos las parábolas o el Misterio del Reino de los cielos. La “plaza” o la “calle” son para el caso de la Palabra de Dios, el lugar del *kerigma*. Si en ellas se quiere hacer el lugar del pensamiento, se corre el peligro de terminar en “sofistas”, con apariencia de saber. Peligro que entrevió y del cual huyó Sócrates, quien en la intimidad del diálogo fue alumbrando en sus amigos la verdad.

Sabiendo todos, profesores y alumnos que la enseñanza de la teología se inscribe en un acontecer de transmisión mucho más am-

³ SAN AGUSTÍN, *De Cath.*, cap. XII, n. 17; PL, Buenos Aires, Plantin, 1954, 63.

⁴ M. DE UNAMUNO, *Obras Completas*, IX, 118-123.

⁵ SAN AGUSTÍN, *De Cath.*, cap II, n. 4; PL, 26.

plio, en el acontecer de la Transmisión viva de la Palabra de Dios, cuyo sujeto es toda la Iglesia. De esta Tradición no nos sentimos dependientes como creyentes solamente, sino también como tradición teológica en nuestra manera concreta de servir en la Fe recibida. La teología es también una empresa común, con un inalienable deber de justicia hacia el pasado, reciente o lejano, del cual somos herederos. Desconocerlo, ignorarlo, abandonarlo sin razón, no sólo es una injusticia para el mismo, sino el principio de nuestro propio desarraigo y de pérdida de identidad, ya que ese pasado constituye la “situación” existencial o “existencial eclesial” de la fe y de la labor teológica. También la teología implica la “memoria”, forma peculiar de la fe en la Religión revelada, en la cual nos experimentamos no solamente “viniendo de ella”, sino también “viviendo de ella”.

Pero Tradición viva: o sea asunción recreadora del pasado, y no mera repetición. Tradición viva ya que es recepción de la Palabra de siempre en las diversas expresiones culturales y teológicas, pero pronunciadas, transmitidas con el acento propio de nuestro verbo, o sea libre, maduramente libre en su fidelidad. Libertad creadora como forma de la fidelidad que es lo que aprendemos en la escuela de los grandes maestros; Guillermo de Tocco así la veía reflejada en el magisterio de Santo Tomás: “Fray Tomás introducía en sus cursos nuevos temas, inventaba nuevos métodos para poner los problemas, llevaba nuevos argumentos en sus soluciones al punto: que se entendía que enseñaba cosas nuevas y concluía los problemas con nuevas razones”.⁶

Como afirman nuestros Estatutos en su Introducción II, 3: “Por su relación con la Verdad revelada, la Facultad debe mantenerse fiel discípula de la Palabra de Dios enseñada e interpretada por el Magisterio vivo de la Iglesia. Dentro de estos límites y de acuerdo con el método propio de cada disciplina es necesario que exista un espíritu de libertad que permita, en la Facultad, la creatividad teológica y el progreso en el conocimiento y la comprensión, de la Verdad divina”. Esta libertad para la creatividad es justamente la definición de lo “Académico”: significa, según la definición de J. Pieper, “que en medio de la sociedad hay que dejar libre una «zona de verdad» un espacio que abrigue el ocuparse con independencia de la realidad, en el que, sin impedimentos, se cuestione, se discuta y manifieste cuál es la verdad de las cosas; un ámbito protegido expresamente de toda utilización al servicio de

⁶ G. DE TOCCO, *Acta Sanctorum*, 7/3, n. 15, citado en: VARISO, *L’Ancien et le nouveau*, París, 1982, 251, n. 13.

ciertos fines, en el que callen todos los intereses extraobjetivos, sean públicos o privados, políticos, económicos o ideológicos”.⁷

Libertad y fidelidad no necesariamente deben pensarse en términos de conflicto; en una visión teológica, los mismos son aspectos de la fe, que es *quasi habitus theologiae*. Por la fe, “el hombre —dice el Vaticano II— se entrega todo él libremente a Dios presentando la *sumisión plena* del entendimiento y de la voluntad a Dios que se revela”.⁸ Plenificada por la caridad, esta caridad es el ámbito de resolución de cualquier confrontación. Pues la caridad no solamente es “paciente, no es jactanciosa, no busca su interés; no se irrita”, sino y positivamente “se alegra con la verdad” (1 Co 13, 4, 5, 6), verdad que quiere ser servida tanto por la libertad creadora como por el celo de la fidelidad. Pero, además, porque la caridad perfecta, “expulsa el temor” (1 Jn 4.18), en nuestro caso, la sospecha de la coacción o de la infidelidad, dando lugar al diálogo sincero y fecundo, en la “connaturalidad” propia con la verdad que la caridad realiza, convirtiéndolo más que en simple ejercicio de razón, en un acto de inteligencia.⁹ En diálogo franco, en esa inteligencia superior, se podrá percibir mejor que el ejercicio creador de la libertad no necesariamente es ruptura, y que la fidelidad no significa obsecuencia, o cobardía, o falta de originalidad.

En términos de relación Magisterio-Teólogos sabemos que el diálogo es la “anteúltima palabra”, después de la cual queda la soberanía de la Palabra de Dios como es enseñada por aquél, y a la cual el mismo Magisterio debe atenerse.¹⁰ Ejercicio ministerial del Magisterio sagrado que supongo experimentará el santo temor de “no extinguir el Espíritu ni despreciar la profecía” (cf. I Tes 5,19).

Libertad creadora y fidelidad son causa y límite respectivamente de la realidad que llamamos “pluralismo”. Lo traigo a colación ya que me fue presentado como inquietud en reuniones de alumnos y con los superiores de seminarios y casas de formación religiosa. Según lo recogido pareciera que el mismo no estuviera presente en nuestra enseñanza, por la presencia muy marcada de una determinada escuela.

⁷ J. PIEPER, *La Fe ante el reto de la cultura contemporánea*, Madrid, 1980, 233.

⁸ DV 5.

⁹ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q.45, a. 2, resp.

¹⁰ DV 10.

Todos sabemos que el pluralismo es una realidad que atañe el Misterio de Dios mismo, misterio de la Vida una en el intercambio de las Personas, en conocimiento y amor. Realidad que atañe el misterio de Cristo, cuando la Iglesia de los que “contemplaron” y “tocaron” “acerca del Verbo de vida” (1 Jn 1,2), no quiso dejar en un solo trazo o diseño a Aquel que posee “insondable riqueza”, en “anchura, longitud, altura y profundidad, que sobrepaja todo conocimiento” (Ef 3, 8, 18, 19), sino que lo volcó en el Evangelio “cuadriforme”. Pluralismo que se encuentra en la arquitectura misma de la Iglesia, en la pluralidad de carismas y funciones generados por “un mismo Espíritu” (1 Co 12, 4), entre lo que no faltan ni la “profecía” ni las “variedades de lenguas” (v. 10).

El pluralismo teológico no es más que reflejo muy tenue de todo ello, y por lo tanto, no es “producto” de una búsqueda narcisista de originalidad por parte del teólogo, sino de la irrupción del Misterio en el corazón del mismo. Este corazón, que es su inteligencia creyente está modelada por su “talante” en una “circunstancia” determinada de la historia (talante y circunstancia que son las coordenadas favorables para la generación de un sistema) que se organiza en torno a una “intuición central”, según enseñaba Maritain.¹¹ Es, pues, “fruto” del encuentro, como todo el misterio cristiano, de la Gracia y la Libertad, y por ello no se puede simplemente imponer, ni gregariamente adoptar, pues sería su propia contradicción y negación.

En el caso específico de la enseñanza de la teología, sobre todo en el ciclo básico, donde el objetivo es la formación del hábito teológico, el pluralismo no puede ser punto de partida, más bien de llegada, después de haber pasado por la escuela de un gran maestro. Advertía el P. Congar hace algunos años, inmediatamente después del Concilio “Por mi parte, me da mucha pena cuando veo a jóvenes clérigos, a veces profesores de seminario, que quieren inventar todas las piezas de una nueva síntesis, en respuesta —dicen— a las búsquedas de los espíritus modernos. Yo remarco que en toda materia la primera marcha sería de informarse de aquello que fue pensado y creado antes que nosotros. ¿Qué músico no comenzará por el estudio de Bach o Mozart? ¿Qué teólogo razonable no se pondrá desde el comienzo al estudio de San Agustín y de Santo Tomás? Cada materia tiene sus clásicos. Ellos no son un término pero sí un punto de partida y una base”.¹²

¹¹ J. MARITAIN, *Raison et Raison*, París, 1947, IV, 67-103.

¹² Y. CONGAR, *Situations et Taches présentes de la Théologie*, París, 1967, 56.

Los alumnos del ciclo básico, sobre todo los que lo están finalizando, cuando comienzan a preparar el examen sintético final son testigos de esta verdad, cuando nos reclaman y se reclaman no sólo la coherencia de una síntesis, sino hasta la homogeneidad del lenguaje en las distintas disciplinas teológicas que han cursado. Descubren, desean y tratan de que se haga más patente la unidad de todo lo estudiado, que es indicación de madurez intelectual, no sólo porque en la “unidad” se sabe, —eso es el juicio—, sino además, para la teología, es el supuesto de la Economía de Dios, a través de la cual, la inteligencia creyente quiere arribar.

Estas reflexiones no quieren ser la palabra que cierre la cuestión del pluralismo. Me parece que detrás de esa inquietud hay algo más que no podemos desatender. Y es la inquietud de que la formación teológica derive en cerrazón intelectual; por otra parte, la insatisfacción de que algunos problemas y temas de actualidad no tengan suficiente lugar en ella. Este reclamo es legítimo, ya que todos sabemos que la teología es “sabiduría por excelencia entre todas las sabidurías humanas”, siendo “función del sabio ordenar y juzgar”, recurriendo a la causa más elevada, Dios, que se ha revelado.¹³ La “doctrina sagrada viene a ser como un trasunto de la ciencia divina, que, no obstante ser una y simple, lo abarca todo”.¹⁴ Nuestros Estatutos así lo indican, cuando al hablar de la contribución de la teología a lograr la síntesis vital entre fe y cultura, se asume la responsabilidad de “interpretar el moderno proceso histórico-cultural, en sus diversas dimensiones: religiosa, moral, social, científica, técnica y artística en sus vertientes teóricas y prácticas y el modo como aquél incide en las condiciones de América Latina y de nuestra patria, para poder colaborar, desde la luz de la fe, a la solución de los múltiples problemas humanos”.¹⁵

Por tanto, reclamo legítimo, pero para que sea justo deberá tener en cuenta la modestia de nuestros medios. Modestia que no niega idoneidad en mis colegas, sino resultado de la sobrecarga de actividades en una realidad eclesial en la que no es fácil negarse, y en la que todo solicita multiplicarse.

¹³ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I^a, q.1, a.6, resp.

¹⁴ *Ibid.*, I^a, q.1, a 3, ad.2m.

¹⁵ Int. II, 2.

Capítulo XXIV

Gratitud, evangelización e invitación¹

ALFREDO ZECCA

1. Palabras de agradecimiento

Mis primeras palabras al asumir el Decanato quieren ser de agradecimiento.

Agradecimiento, en primer lugar, a Dios, al cumplirse, este año, el 75 aniversario de la erección canónica de esta Facultad por el Papa Benedicto XV, respondiendo a una petición del entonces Arzobispo de Buenos Aires, Mons. Mariano Espinoza y del Episcopado Argentino. Gracias, entonces, a Dios, por tantos beneficios recibidos en estos 75 años y que sea El mismo quien, con su providencia, guíe nuestros próximos pasos.

Agradezco, al Gran Canciller, el señor Cardenal Juan Carlos Aramburu, el haber venido a presidir esta eucaristía y el haber recibido mi profesión de fe. Me siento muy complacido y, personalmente, deudor de su solicitud pastoral. No puedo olvidar que fue él mismo quien me recibió en el seminario, me ordenó sacerdote y, durante el ejercicio de mi ministerio, me acompañó y alentó constantemente, con verdadero cariño de padre. Al alejarse ahora de sus funciones quiero asegurarle que lo encomendaremos en nuestras oraciones para que el señor lo bendiga y recompense sus esfuerzos de 23 años en el gobierno de la Arquidiócesis de Buenos Aires.

A los señores Obispos aquí presentes, S.E.R. Mons. Carlos Galán y S.E.R. Mons. José María Arancedo, miembros de la Comisión Episcopal para la UCA, gracias por el apoyo y la confianza que dis-

¹ Discurso del Decano en la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina en el inicio de la decanatura (1990).